



LAS CONFESIONES DE SAN AGUSTÍN

UNA REFLEXIÓN ORANTE SOBRE EL HOMBRE

Pío de Luis Vizcaíno, OSA

Hablar de las Confesiones es hablar de un libro que no ha conocido eclipses ni totales ni parciales. Un libro reconocido y valorado como original y fascinante por ser, entre otros aspectos, profundamente humano. Ninguna otra obra puede arrebatárle el honor de ser la más conocida y leída, y también la más examinada por los eruditos, de cuantas compuso san Agustín. Sus lectores trascienden las fronteras del interés religioso, de la fe cristiana y de la fe católica. Son muchos, en efecto, los deseos del saber humanístico que se alimentan de su abundante caudal. Entre otros, los hombres de letras hallan en la obra fértiles campos para disfrutar e investigar; a los filósofos les brinda, además de una concepción global de cuanto existe, la especial hondura de sus reflexiones sobre determinados temas; los psicólogos y psicoanalistas bucean con placer y resultados sorprendentes en las profundidades del espíritu humano; los teólogos y, en general, las personas ávidas de trato con Dios, disfrutaban de la inseparable unión que manifiesta de experiencia y doctrina. Es tan grande su importancia en el último aspecto mencionado que no haberla leído significará siempre una notable carencia en la cultura religiosa de cualquier persona. Junto con otras dos obras maestras del santo, La Trinidad y La Ciudad de Dios, ha configurado, en buena medida, la historia espiritual de Occidente.

"Es imposible concebir el curso seguido por el pensamiento de Occidente (incluso en su forma secularizada moderna) sobre lo humano y lo divino, la persona y la comunidad y otro sinfín de temas sin la presencia, en primer plano o no, de las Confesiones, la Ciudad de Dios y la Trinidad, aunque la mayor parte de quienes lideran nuestra cultura ya no lo sepan" (R. Luman).

La riqueza señalada de la obra y el reducido número de páginas de este Cuaderno hacen difícil la tarea a quien se propone ofrecer al lector una presentación que facilite la lectura y comprensión de las Confesiones. Hemos de limitarnos a lo esencial, teniendo siempre en el punto de mira a los destinatarios de estas páginas: personas que se acercan a la obra agustiniana buscando en ella una guía para su camino espiritual.

I. UN ESPEJO EN QUE MIRARSE

EN sus Confesiones, san Agustín se confiesa ante Dios y ante los hombres. Esta afirmación obvia hay que completarla con otra no tan evidente: su objetivo al confesarse ante los hombres no es tanto que le conozcan a él, cuanto que los hombres se conozcan a sí mismos. Pretende que su relato sea como un espejo en que puedan verse. Nos lo hace saber con claridad,

pues la obra contiene una doble declaración de intenciones. La primera es esta:

"¿Qué finalidad me propongo? Sencillamente, el que tanto yo como cualquier posible lector pensemos desde qué abismal hondura tenemos que elevar nuestras súplicas a Ti" (Confesiones 2, 3,5).

La segunda, esta otra:

"Tú, que eres médico de mi intimidad, explícame con claridad los frutos de esta empresa mía. Porque cuando se leen o se oyen las confesiones de mis males pasados, ya perdonados y enterrados por Ti ...son un despertador del corazón para que éste no se quede dormido en la desesperación ni diga "no puedo" sino que despierte estimulado por el amor de tu misericordia y por la dulzura de tu gracia" (Confesiones 10, 3,4).

Si damos fe a sus palabras, hemos de admitir que la composición de esta obra maestra no obedeció a ningún afán de exhibicionismo espiritual. Ambos textos manifiestan una clara intención pastoral: ayudar a los lectores a situarse ante Dios y ante sí mismos. Esto es, a despojarse de toda ínfula de virtud que olvida el propio pecado, y a desprenderse del orgullo de la desesperación que ignora las posibilidades con que cuenta.

Dos peligros acechan al hombre en su caminar religioso, capaces de extraviarlo: uno, el olvido de las propias tinieblas; otro, el desconocimiento de la luz de que dispone. De hecho, mientras hay personas que creen ver, ignorando su ceguera, otras se condenan a ser ciegas, olvidando que pueden ver. A unas y a otras ofrece el santo, en las Confesiones, su palabra orientadora.

II. AGUSTÍN PIENSA SU PROPIA HISTORIA

CUANDO, hacia el 397, san Agustín se disponía a escribir sus Confesiones, era ya obispo de Hipona desde apenas dos años, presbítero de la misma Iglesia desde hacía seis, estaba bautizado desde hacía diez y era cristiano desde hacía unos cuarenta y tres -los años que contaba en aquel momento-, pues, por voluntad de su madre, fue incorporado a la Iglesia católica como catecúmeno, poco tiempo después de nacer. A más de un lector puede haberle sorprendido esta presentación tan rectilínea, desde el punto de vista religioso, de la vida de Agustín, pero así lo cuenta él.

Agustín se sintió siempre cristiano; su adhesión a la persona de Cristo no conoció tregua. Es cierto que no siempre su vida práctica estuvo de acuerdo con su fe, pero ¿quién puede presumir de una coherencia sin fisuras? También lo es que, durante unos diez años, perteneció a la secta religiosa de los maniqueos, dato más que conocido, pero añadamos que dio el paso



porque creyó que la secta representaba el auténtico cristianismo. Es asimismo cierto que más tarde también abandonó esta religión; pero, igualmente, que siguió vinculado a la persona de Cristo, vinculación que le apartó de entregar su alma a la medicina de los filósofos (cf. Confesiones 5,14,25). Para concluir, es cierto que en este último período tenía una idea equivocada de Cristo, pero no por ello dejó de ser un referente para él. Su conversión, pues, no consistió en una simple adhesión a Cristo, sino en la adhesión a Él en la Iglesia católica y, por tanto, según la fe de la misma Iglesia.

La conversión fue el punto de llegada a ese Cristo católico, tras un recorrido zigzagueante, y representó un punto de inflexión en su vida. El momento fue tan decisivo para él que, además de orientar su futuro, le llevó a examinar todo su pasado. Una vez asentado en la fe católica, debían asediarse sin parar preguntas como estas: ¿por qué tan tarde?; ¿qué le había impedido llegar antes? Y, yendo todavía más lejos, ¿qué le había impulsado a caminar hacia la fe católica y a qué se debía que encontrase la dicha en ella? De ahí la necesidad de repensar su vida, cuyo resultado son las Confesiones.

Hallar respuesta a esas preguntas suponía descifrar el enigma religioso de su existencia y situarse ante Dios. Publicarlas equivalía a situarse también ante los hombres y, a la vez, a iluminar el camino de sus lectores. De hecho, al escribir sus Confesiones, Agustín se ofrece como guía a quienes estén deseosos o dispuestos a emprender la marcha hacia la meta que él había alcanzado, a la espera de otra definitiva. Pero se equivocaría quien pensase que la oferta nace de un espíritu presuntuoso, ávido de dar lecciones a los demás; al contrario, es sincera y humilde confesión hecha a Dios, de un cristiano que, tras experimentar su gracia, sabe que está a disposición de quien acepte darle acogida. Por ello, la confesión ante Dios acaba en proclama e invitación a los hombres.

III. RELATO COMO «CONFESIÓN»

CONFESIÓN es, pues, una palabra clave. Aparece en el título de la obra como acertada síntesis de su contenido e incluye, además, la propuesta de Agustín a sus hermanos los hombres. En su pluma, el concepto de confesión, antes que revelación de la propia miseria moral, es reconocimiento agradecido a Dios por el acervo de bienes con que le privilegió: físicos, intelectuales, morales, religiosos. Sólo en un segundo momento se manifiesta también como declaración del propio pecado, declaración cuyo objetivo es menos la humillación personal que la exaltación de Dios. En efecto, tras haber experimentado su perdón, el pecado mismo da pie al santo para una nueva y no menos fundada confesión de alabanza, sabedor de que no es menor don de Dios la nueva creación que tiene lugar por los sacramentos de la Iglesia que la creación original. Ambas son obra de la gracia divina.

Esta "confesión" hace original la obra en cuanto constituye toda ella una oración, quizá la más larga jamás publicada. Por ser alabanza de principio a fin, de principio a fin es igualmente oración. Aunque aparenta ser

un monólogo, en el fondo es un diálogo singular entre Agustín y Dios. En ese diálogo el hablar de Dios es silencioso, aunque no por eso menos perceptible: el de sus hechos creadores y salvíficos; sólo el de Agustín es convencional, hecho de palabras. Pocas personas han sentido como él la insuficiencia o inadecuación del lenguaje humano para hablar de Dios o con Dios; por eso, de forma incesante, recurre al lenguaje de la Escritura, particularmente al de los salmos, para expresar sus sentimientos o juicios. Las Confesiones son la puesta en práctica del bello principio formulado por el santo en un sermón:

"Para que el hombre pudiera alabarle dignamente. Dios antes se alabó a sí mismo, y como Dios se dignó alabarse a sí mismo, encontró el hombre el modo de alabarle" (*Comentarios a los Salmos 144,1*).

Agustín ha hecho de su historia una confesión. Cualquier hecho, aunque parezca anodino, le lleva a ella, envuelta en todo tipo de reflexiones. En efecto, la riqueza de las Confesiones no está tanto en los datos que narra como en la diversidad de consideraciones que esos datos le sugieren. Reflexiones variadas, pues, según las circunstancias, el santo se descubre como psicólogo, filósofo, moralista, teólogo o místico. Cometerá, por tanto, un error quien se acerque a la obra con el objetivo de conocer la vida de su autor entendida como simple crónica de hechos. Éstos, obviamente, no faltan, pero no siempre tienen sentido por sí mismos; muy a menudo están al servicio de la reflexión que provocan y, en última instancia, de la confesión.

IV. AGUSTÍN, UNO ENTRE TANTOS OTROS

ES frecuente entender las Confesiones como autobiografía de su autor, concepción que podría mantenerse siempre que se piense en una autobiografía espiritual. Esto explica algunas peculiaridades del relato de la vida de Agustín. En el pasado se levantaron serias dudas respecto a su fiabilidad histórica, hoy ya globalmente resueltas, aunque algunos estudiosos sigan manteniéndolas respecto al relato de su conversión bajo una higuera en el huerto de Milán, salvando el hecho. El lector ha de partir de que los datos ofrecidos y las reflexiones que les acompañan fueron seleccionados y dispuestos con vistas al proyecto del autor, que no siempre coincide con lo que hoy nos gustaría encontrar en la obra.

No obstante, reducir la obra a los límites de una autobiografía espiritual de su autor es infravalorarla. Su alcance es, sin duda, mucho mayor. Agustín aparece siempre en pantalla, pero en realidad se presenta como arquetipo humano; se puede decir que, en la obra, él encarna al hombre. En sus páginas no expone sólo el propio itinerario espiritual, sino también los caminos, rectos unas veces, torcidos otras, que en general sigue el hombre en su búsqueda de Dios. Reducidas a sus trazos esenciales, las etapas son siempre las mismas en unos hombres u otros.

PARA EL DIÁLOGO



(Si aún no se conocen las Confesiones)

- **¿Conocías ya la existencia de las Confesiones? ¿Por qué camino?**
- **¿Qué idea te habías hecho de ellas?**
- **Lo que estás leyendo ¿te estimula a emprender la lectura de la obra o no?**

V. LAS TRES PARTES DE LA OBRA

LAS Confesiones constan de trece "libros". Este modo antiguo de designación sigue manteniéndose en la actualidad. Los "libros" equivalen aquí a nuestros "capítulos". Atendiendo a su contenido, la totalidad de los trece libros constituyen tres partes, desiguales en extensión, pues la primera es el cuádruplo de la segunda y el doble de la tercera.

La primera, que abarca los nueve primeros, se ocupa del pasado de Agustín hasta el momento de su bautismo y de la muerte de su madre. La segunda, que consta únicamente del libro décimo, se centra en el presente del santo que escribe. La tercera, que corresponde a los tres últimos libros, ofrece un comentario a los primeros versículos del Génesis.

En la primera parte pueden establecerse, a su vez, cuatro apartados. El libro primero abre las puertas de la obra indicando las dos referencias que mueven la historia de Agustín y de todo hombre: el origen en Dios y el pecado de origen; los libros del dos a cuatro describen el progresivo alejamiento de Dios; los libros del quinto al séptimo relatan una iniciada operación de retorno hacia Dios; por último, los libros octavo y noveno testifican ya el reencuentro real con Cristo y con la Iglesia católica, respectivamente.

La segunda parte, dijimos, la constituye el libro décimo, el más extenso de todos, que incluye varias secciones. Precedida por la introducción (Confesiones 1,1-5,7), la primera contiene un proceso de ascenso hacia Dios que sigue las tres conocidas etapas: exterioridad, interioridad y trascendencia, y que acaba con una gozosa, aunque efímera, experiencia de Dios, sentido como Verdad y como Belleza siempre antigua y siempre nueva (Confesiones 6,8-28,39). En la segunda, el lector encuentra un fino examen de conciencia hecho sobre la pauta de las tres concupiscencias de que habla san Juan: la de la carne, la de los ojos y la de la ambición mundana (I Carta de san Juan 2,16). A través de este examen, advierte el santo la persistencia de ciertas debilidades morales que explican el carácter efímero de la experiencia antes referida (29,40-41,66). Por último, la tercera presenta a Cristo como único mediador entre Dios y los hombres y, por tanto, como el único capacitado para elevarle de la baja humana a la altura divina (Confesiones 42,67-43,70).

De los tres libros que componen la tercera parte, el undécimo comenta Génesis 1,1a; el duodécimo, Génesis 1,1b-2a; el decimotercero, Génesis 1,2c, y el resto del relato de la creación.

VI. EL PRINCIPIO UNIFICADOR

VISTO el contenido de cada una de las partes, resulta difícil percibir una unidad temática común a todas ellas. Es una de las muchas cuestiones que plantea esta obra maestra, quizá la más debatida actualmente por los estudiosos. Se puede formular así: ¿cómo se integran los tres últimos libros que comentan el inicio del Génesis con los restantes en que Agustín habla básicamente de sí mismo?

La existencia de unidad de la obra no es objeto de debate porque la avala su mismo autor. La discusión surge a la hora de fijar el criterio unificador de todas sus partes. Las propuestas de solución de los eruditos al problema se cuentan por decenas. Como resulta inviable traerlas a estas pocas páginas, las dejamos de lado, pero no sin aportar un nuevo intento de solución.

A nuestro parecer, el dato antropológico ofrece una sólida base para explicar la unidad temática de la obra; es como su hilo conductor. Traigamos a la memoria la doble declaración de intenciones con que comenzamos estas páginas, de las que hemos derivado el alcance universal del escrito, sobre el que hemos insistido. El santo declara escribir para que todo posible lector y, por tanto todo hombre, entienda que también él es pecador y que también él puede levantarse de la prostración en que quizá se halle. El hombre está, pues, en el centro de los intereses de Agustín. Pero el hombre es una realidad muy compleja, abierta a la consideración bajo múltiples aspectos: teológico, metafísico, psicológico, histórico, cristológico, eclesiológico o bíblico. La unidad de las Confesiones y la diversidad de sus libros pueden explicarse desde la unidad del hombre, no obstante los múltiples modos posibles de acercarse a él para comprenderlo.

PARA EL DIÁLOGO

(Si aún no se conocen las Confesiones)

- **¿Leíste la obra entera o tuviste que interrumpirla? En este último caso, ¿por qué?**
- **¿Satisfizo tus expectativas o te defraudó en algo?**
- **¿Advertiste en ella lo que aquí has leído?**

VII. UN ÚNICO HOMBRE, PERSPECTIVAS DIVERSAS

COMO es lógico, durante los diez años de su adhesión al maniqueísmo, Agustín compartió la antropología de la secta. Según ella, el cuerpo procede del Principio del Mal y el espíritu del Principio del Bien, de acuerdo con la metafísica dualista que defiende. Así intentaba explicar la presencia del mal en cada persona humana. Como es lógico también, al retornar a la Iglesia católica aceptó su visión del hombre. Aunque se trata de una visión unitaria, porque no le reconoce más origen que el único Dios bueno, las perspectivas desde las que puede contemplarse son múltiples. Así lo hace Agustín en sus Confesiones, como vamos a ver a continuación.



PERSPECTIVA TEOLÓGICA. La encontramos ya en el mismo pórtico del libro y se resume en la célebre máxima, una de las más conocidas que salieron de la pluma o boca de Agustín:

"Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti" (Confesiones 1,1,1).

La ineludible relación del hombre con Dios ilumina la obra desde su origen hasta su fin. El prólogo (1,1,1-1,5,6) contiene una presentación de ese Dios creador y de sus relaciones con el hombre, su criatura privilegiada. El resto de la obra explicita esa afirmación preliminar.

PERSPECTIVA METAFÍSICA. A continuación del prólogo, Agustín habla de su infancia, entendida como el período previo a la adquisición del habla. Como personalmente no guarda memoria de ella, toma los datos de la observación de otros bebés y de cuanto ha oído a distintas personas. La sección acaba con el agradecimiento a Dios por los dones que le regaló en esa etapa de su vida. En tal contexto, es significativo que se dirija a Dios en estos términos:

"Tú, Unidad, de quien proviene toda medida (de ser); Tú, Hermosura perfecta, que das forma a todas las cosas y con tu ley las estableces dentro de un orden" (Confesiones 1,7,12).

La conclusión es que todas las cosas existen con una medida propia de ser, tienen una forma o condición que les hace ser lo que son y las distingue de las demás, y ocupan un lugar en el orden jerárquico de los seres fijado por Dios, que avala su categoría y dignidad. En el caso del bebé, la medida, la forma o condición y la categoría y dignidad son, obviamente, las humanas. Se trata de dones que el bebé ignoraba, pero que no por eso dejaban de ser dones.

PERSPECTIVA PSICOLÓGICA. En lo que resta del libro primero, Agustín relata lo que recuerda de su niñez. Como hizo en la anterior, también concluye la sección manifestando su gratitud por los dones recibidos durante esos años, pero ya en otro plano: lo que en la infancia aparecía sólo como metafísica, en la niñez se revela ya como psicología. En el niño se manifiestan ya, en el plano consciente, realidades que tienen su base en la metafísica anteriormente señalada.

Un primer texto significativo es el siguiente:

"Tenía buena memoria, me instruía con el habla, disfrutaba de la amistad" (Confesiones 1,20,31).

La memoria implica conciencia del tiempo y, por tanto, de los propios límites, de la propia medida; el habla verifica la forma o condición racional del hombre, y la amistad sitúa a las personas en el mismo orden de categoría y dignidad.

Lo mismo expresa, aunque en reverso, la continuación del texto: **"huía del dolor, de la abyección y de la ignorancia"** (Ibidem.).

El dolor es amenaza para la propia existencia y, por ello, indicador de los propios límites; la ignorancia desvirtúa la propia condición racional; la abyección supone

el rechazo de la categoría y dignidad del sujeto envilecido. La psicología, manifestada en ese triple rechazo, tiene su base en la metafísica referida a propósito de la infancia. El santo lo expresa de nuevo, pero en otros términos, al indicar que no se trata de algo que él tiene, sino de algo que él es:

"Pues todas estas cosas son clones de mi Dios, pues yo no me los he dado a mí mismo. Y todos son buenos y todos ellos soy yo" (Ibidem.).

No extraña, pues, que el hombre busque placeres (expresión de salud y, en cuanto tal, garantía de ser), grandezas (es decir, reconocimiento de su categoría y dignidad) y verdades (exigencia de su condición racional). Pero hay que contar también con la realidad del pecado que toca a todo hijo de Adán. Efecto del pecado fue que el hombre buscara esos valores donde no debía, fuera de Dios, con la consecuencia de topar justamente con lo contrario, con **"dolores, humillaciones y errores"** (Ibidem.).

La alternativa que plantea el santo no es la de renunciar a esa búsqueda, sino la de dirigirla hacia Dios que, de hecho, constituye el bienestar del hombre, su título de gloria y la garantía para llegar a la verdad (ib.). De esta manera, ha puesto en relación la perspectiva psicológica y la metafísica con la teológica.

PERSPECTIVA HISTÓRICA. La propia historia es siempre el marco temporal en que el hombre satisface o deja insatisfechos los deseos constitutivos de su ser. Ya vimos en el apartado anterior que no siempre el hombre consigue lo que busca, debido a que lo busca mal. Al indicarlo, Agustín no hablaba en teoría, sino que recogía su experiencia personal y la de otros hombres que actúan como él. En los seis libros siguientes el santo ofrece al lector esa experiencia de fracaso y de frustración desde distintos aspectos y matices. Cabe distinguir dos grupos -de tres libros cada uno-, en correspondencia con los tres deseos antes señalados: uno, del segundo al cuarto; otro, del quinto al séptimo. Aunque contengan otros elementos suplementarios, la frustración de un determinado deseo constituye como el armazón que estructura cada uno de esos libros.

La búsqueda equivocada del placer acaba en dolor: la idea sirve de pauta al libro segundo, que refiere, en su primera parte, el descarrío sexual del adolescente Agustín y, en la segunda, el robo de unas peras en compañía de los amigos. La equivocación consistió en buscar el placer sexual fuera del cauce legítimo de la institución matrimonial, y el del gusto en frutos ajenos, cogidos sólo como tributo pagado a la amistad.

La búsqueda equivocada de la verdad acaba en error: Así se puede sintetizar el libro tercero. En él refiere cómo, tras haberse enamorado de la Sabiduría después de leer el libro de Cicerón, titulado Hortensio, se apartó de la verdad católica y acabó en el error maniqueo. La equivocación estuvo en no haber acertado con el criterio adecuado para leer la Escritura católica y en haber buscado a Dios como algo exterior a sí mismo y no como Aquel que es **"más íntimo que mi misma intimidad"** (Confesiones 3,6,11).



Es decir, haber seguido el camino de la exterioridad en detrimento del de la interioridad.

La búsqueda equivocada de la grandeza acaba en humillación: este pensamiento guía las tres partes del libro cuarto. Tras un prólogo, Agustín refiere: Primero, cómo, queriendo dominar a un amigo, éste manifestó una independencia que le incomodó (Confesiones 4,4,8). Segundo, cómo, apeteciendo para su libro *Lo bello y lo adecuado* un elogio del célebre orador Hierio, tuvo que contentarse con admirarlo a solas, sin que nadie lo alabase (Confesiones 4,14,23). Tercero, cómo, orgulloso de su gran capacidad intelectual, no fue capaz de usar bien de ella (Confesiones 4,16,30). Su equivocación estuvo en desconocer la libertad que otorga la gracia, en buscar la alabanza humana y no la de Dios, en no advertir la esclavitud moral en que vivía cuando triunfaba en el conocimiento de las artes liberales.

En los tres libros aludidos, el santo muestra cómo se hace realidad el principio que formula en el cuarto: el hombre hace bien en buscar lo que busca, pero lo busca mal (Confesiones 4,12,18). El mismo principio subyace en la segunda terna de libros, pero hay que constatar una notable diferencia: si en la primera Agustín refiere haber vivido en tinieblas oscuras, en esta maniobra haber percibido alguna luz en el horizonte.

Otro tipo de grandeza. En el libro quinto, Agustín narra su desplazamiento de Cartago a Roma, una vez que se sintió decepcionado del maniqueísmo. En Roma buscaba, entre otras cosas, gloria y riquezas (Confesiones 5,8,14), pero se encontró con el mortificante ultraje de que los alumnos no le pagaban sus clases (Confesiones 5,12,22). Luego, tras lograr por oposición pública el cargo oficial de profesor de retórica, se trasladó a Milán, residencia imperial entonces. Pero ese éxito humano pierde brillo a sus ojos al encontrarse con san Ambrosio. Lo describe como "famoso entre los mejores de la tierra" (Confesiones 5,13,23), pero añade que su grandeza se sostenía en ser siervo de Dios. La reflexión: hay otro tipo de grandeza.

Otro tipo de placer. Su descubrimiento es logro referido en el libro sexto. En su segunda parte, Agustín confiesa la dependencia que sufría entonces del trato carnal con la mujer. Cuando se vio empujado a abandonar a la compañera de tantos años, se buscó otra, pero su herida comenzaba a gangrenarse y, **"a medida que iba enfriándose, iban haciéndose más desesperados los dolores"** (Confesiones 6,15,25).

Al mismo tiempo, tomaba nota de la templanza de su madre (Confesiones 6,2,2), de la sobriedad de san Ambrosio (Confesiones 6,3,3), del gozo no auténtico del borracho encontrado en las calles de Milán (Confesiones 6,6,9). Tampoco le pasó desapercibido que san Ambrosio, ese hombre **"feliz según el mundo"** vivía el celibato que a él le parecía difícil de llevar (Confesiones 6,3,3), ni que la compañera a la que había abandonado, de vuelta al África, había hecho voto **"de no conocer otro varón"** (Confesiones 6,15,25). La reflexión: hay más placeres que los de la carne.

Otra verdad, la auténtica. Es la conquista descrita en el libro séptimo. El recorrido personal que aquí refiere

Agustín es exacto al del libro tercero, sólo que ahora en sentido inverso: de la exterioridad pasa a la interioridad y concluye en la adecuada lectura de la Escritura. La exterioridad se manifiesta en las ideas que entonces tenía sobre Dios, procedentes del materialismo estoico (Confesiones 7,1,1-7,8,12); la interioridad fue logro debido a la lectura de ciertos libros de filósofos neoplatónicos, que le abrieron a la espiritualidad de Dios y del alma (Confesiones 7,9,13-7,17,23). Por último, la lectura de la Escritura, en particular de san Pablo, tuvo valor de corrección y de complemento a la lectura de esos filósofos (Confesiones 7,18,24-7,21,27). El resultado fue el redescubrimiento del Cristo católico, Dios y hombre verdadero, Camino que conduce a la Patria que los filósofos le habían mostrado. Pero aún le faltaba la disponibilidad para caminar por él.

PERSPECTIVA CRISTOLÓGICA. Cristo no es ajeno al hombre. Qué significó para él lo expone Agustín en el capítulo inicial del libro noveno, comprensible sólo a la luz de los libros anteriores y, de modo particular, del octavo. En este libro acababa de mostrar cómo Dios le había introducido en el camino que es Cristo, tras haberle apartado de los seguidos hasta entonces, el de la gloria mundana, el de la verdad adulterada y el del placer carnal.

Cristo representa para Agustín la alternativa a los viejos caminos. Lo expresa así:

"Qué dulce me resultó carecer de la dulzura de las frivolidades. La satisfacción de dejarlas era superior al antiguo temor de perderlas. Eras tú quien las iba alejando de mí Tú, suavidad verdadera y suprema, las desterrabas lejos de mí y entrabas en lugar de ellas" (Confesiones 9,1,1).

Cristo, pues, desplaza y ocupa el lugar de lo que había buscado antes con tanto afán y que ya consideraba como una mezcla de frivolidades. Pero la suplencia no se da en el nivel de antes. Al designar a Cristo como suavidad **"verdadera"** y **"suprema"**, da a entender que las **"antiguas frivolidades"** ofrecían una suavidad falsa o, en el mejor de los casos, fragmentaria o mínima.

Sigamos leyendo:

"Tú, más suave que todo placer, aunque no para la carne y la sangre; Tú, más luminoso que toda luz, aunque más profundo que todos los secretos; Tú, más encumbrado que todo honor, aunque no para los que se encumbran a sí mismos" (Ibidem.).

El retorno al Cristo de la fe católica significó para Agustín encontrar el placer que siempre había buscado, pero más "suave", es decir, más gratificante que todos los disfrutados hasta entonces, aunque, eso sí, no se trataba de un placer físico. Significó para él dar con la Luz, es decir, con la Verdad, desde siempre buscada, pero más luminosa que la poseída hasta entonces, aunque, eso sí, era una Verdad íntima, esto es, no perceptible con los ojos del cuerpo, sino merced a la luz interior. Por último, significó para él descubrir el honor tan apetecido y buscado, aunque un honor cuyo fundamento es Dios y no la opinión humana. Cristo representó, pues, la satisfacción en plenitud, aunque



en un nivel superior, de los deseos que habían movido su existencia hasta entonces. Al volver a Cristo, había vuelto a la fuente de la que manaba aquello de que aparecía sediento. Cristo encarnó, de hecho, para Agustín la continuidad en la discontinuidad. Continuidad porque le ofreció lo mismo que él había buscado; discontinuidad porque se la ofreció en su misma persona y, a la vez, en mayor grado y a un nivel diferente.

La misma idea la expresa a continuación con estas otras palabras:

"Mi espíritu estaba libre ya de las angustias inquietantes que entraña la ambición, la avaricia y el revolcarse y rascarse la sarna de las pasiones. Y me desahogaba hablando contigo. Señor Dios mío, mi honor, mi riqueza, mi bienestar" (Ibídem.).

La dimensión cristológica es inseparable de la eclesiológica, vinculada al bautismo. La primera parte del libro noveno relata los pasos dados por Agustín encaminados a la recepción de dicho sacramento y su efectiva recepción (Confesiones 9,2,2- 9.7.16) Tras el bautismo, él y su grupo de amigos y familiares buscaban un lugar donde su condición de siervos de Dios fuera más útil a la Iglesia (Confesiones 9.8.17) A continuación, el santo narra la vida y muerte de su madre, que concluye con estas bellas palabras:

"Acuérdense con sentimientos de piedad de quienes fueron mis padres en esta luz pasajera, y hermanos míos que te tienen como Padre dentro del seno de la madre Católica, conciudadanos míos en la Jerusalén eterna" (Confesiones 9,13,37).

El texto muestra cómo una relación particular, la paterno-filial, convive con otra de más amplios horizontes, la relación de fraternidad. Los lazos de la carne, sin desaparecer, ceden ante los más universales del espíritu. La dimensión eclesiológica es la de la fraternidad universal o, si se quiere, la de la celeste conciudadanía común.

NUEVOS ASPECTOS DE LAS MISMAS PERSPECTIVAS. El libro décimo representa como un nuevo comienzo. Agustín no habla ya de su pasado, sino de su presente. No sólo ha vuelto ya a la patria católica, sino que es uno de los guías de la ciudadanía, es un pastor. Inmerso en la acción pastoral, lejos de abandonar la reflexión sobre el hombre, la continúa a niveles de mayor profundidad desde otras experiencias. Las dimensiones ya contempladas vuelven a aparecer, de forma explícita o implícita.

Perspectiva teológica: La primera parte del libro es, recordamos, una incomparable investigación sobre la presencia de Dios en el espíritu humano, descubierto como Verdad y Belleza. El dato da razón de por qué el hombre siempre tendrá que contar con Dios si quiere alcanzar la felicidad.

Perspectiva histórica: La segunda parte del libro, dijimos, contiene un profundo examen de conciencia que toma como pauta las tres concupiscencias mencionadas por san Juan (1 Carta de san Juan 2,16). Hablamos de dimensión histórica porque, efectivamente, nos pone ante los ojos ese tramo de la historia de Agustín (Confesiones 10,28,39-41,66). Pero el hecho de exa-

minar su presente desde el criterio de los tres deseos - tal es el significado de concupiscencia-, pone ante nuestros ojos de nuevo la perspectiva psicológica. La nueva historia es diferente de la considerada en páginas anteriores. La diferencia fundamental es que la narrada en los libros del dos al siete fluía desconectada de la eficacia salvadora de Cristo y de su Iglesia, mientras la referida en el libro décimo se alimenta ya de su gracia, aunque todavía no plenamente. Agustín conoce el bien y quiere realizarlo, pero no siempre lo consigue, o carece de la certeza de si lo ha conseguido. Día a día experimenta cómo, no obstante estar ya bautizado, perdura en su vida la fuerza del mal que tira de él hacia abajo, impidiéndole la deseada y gratificante unión con Dios. A consecuencia del pecado, la historia humana - puede ser la conclusión- nunca está redimida del todo y, por ello, necesita una redención continua. De aquí la siguiente perspectiva.

Perspectiva cristológica: Corresponde a la tercera parte del libro (Confesiones 10,42,67-43,70). Cristo aparece en ella como el único que es capaz de elevarle efectivamente hasta Dios. Otros métodos ideados por los filósofos se han mostrado ineficaces. Su ser Dios y hombre al mismo tiempo constituye a Cristo en el mediador idóneo. En él halla el pastor Agustín la solución a los problemas de su inteligencia y de su voluntad, a su ignorancia y a su debilidad moral.

Perspectiva eclesiológica: También aquí sigue a la cristológica. Agobiado por sus dificultades intelectuales y morales, Agustín había pensado abandonar el ministerio sacerdotal. Pero la contemplación de la persona de Cristo le devolvió la disponibilidad para el servicio a la Iglesia:

"No me calumnien los soberbios, pues pienso en mi rescate (el cuerpo y sangre de Cristo), lo como, lo bebo y lo distribuyo. Y pobre como soy, deseo saciarme de él en compañía de aquellos que lo comen y se sacian" (Confesiones 10,43,70).

Esta dimensión eclesiológica inspira también la parte introductoria del libro:

"Haré estas confesiones no sólo delante de ti..., sino también ante los oídos de los hombres creyentes, partícipes de mi alegría, consortes de mi mortalidad, conciudadanos míos y compañeros de peregrinación y de vida, unos antes y otros después. Estos son tus siervos, mis hermanos, que tú quisiste fueran hijos tuyos. Estos son mis amos. Tú me mandaste que esté a su servicio si quiero vivir contigo de Ti" (Confesiones 10,4,6).

PERSPECTIVA BÍBLICA. Buena parte de los lectores de las Confesiones, una vez concluido el libro décimo, dan carpetazo a la lectura de la obra. Unos, porque sólo les interesan los datos directamente relacionados con su autor; otros, porque encuentran difíciles de entender, cuando no totalmente inaccesibles, los tres últimos libros. El hecho explica que, en no pocas ediciones antiguas, la obra apareciese sin ellos. Pero su importancia es tal que nadie puede presumir de conocer la obra si no los ha leído.



También a los estudiosos generan dificultad estos libros. Integrar su contenido en el conjunto de la obra constituye para ellos un verdadero rompecabezas. Basta constatar que los datos y reflexiones de naturaleza autobiográfica son sustituidos por vigorosos comentarios de los primeros versículos de la Escritura. El autor pasa de la historia personal a la exégesis con añadidos de filosofía; del presente y pasado inmediato da el salto al más remoto de los pasados, al inicio del tiempo, al momento de la creación. ¿Qué explicación cabe dar? La que ofrecemos -personal-, nos parece que se ajusta tanto al resto de la obra como al contenido del comentario exegético del santo.

Dando alcance general a lo que Agustín afirma de sí mismo, la vida de las personas se resuelve en el esfuerzo por dar satisfacción a determinados deseos; no a cualesquiera deseos, sino a tres que son básicos, constitutivos, de su ser, expresión en el ámbito psicológico de su estructura metafísica. Ésta consta de un particular nivel o medida de ser, de una forma específica, y de un lugar propio en el escalafón de los seres. Ahora bien, ¿la afirmación de este triple elemento se sustenta sobre base sólida? ¿Cuenta con el apoyo de la Escritura o es sólo fruto de la imaginación filosófica? Quien conozca el proceder habitual de Agustín sabe ya la respuesta, pues él difícilmente se hubiera servido de esa terna de elementos si no hubiera encontrado base para ello en la Escritura. Esa base la encontró precisamente en los primeros versículos del Génesis, que expone en los tres últimos libros.

El libro undécimo comenta Génesis 1,1a: "En el principio creó Dios...". Es la afirmación del hecho de la creación. Sólo Dios existe por sí mismo; las demás criaturas han recibido de Dios el ser. Por otra parte, el ser recibido es un ser limitado; por ello, está sujeto a la temporalidad; de ahí el largo análisis del tiempo que ocupa buena parte del libro. El hombre ansia la plenitud divina, pero ese anhelo choca con su propia condición, agravada por el pecado, de ser limitado y temporal, sometido, por tanto, a la caída y al dolor. Con todo, sigue deseando esa vida plena, sana, placentera, que no considera un sueño irreal, pues sabe que, uniéndose a Dios, puede participar, por nuevo don suyo, de su plenitud.

El libro duodécimo comenta Génesis 1,1b-2a: "... el cielo y la tierra; la tierra era invisible y desorganizada". El santo ve en el "cielo" el mundo angélico, que ya tiene su "forma" propia y en la "tierra" el resto de los seres aún sin "forma", por lo que puede hablar de ella como "invisible y desorganizada". Ese "cielo", llamado también "cielo del cielo", de naturaleza racional, que conoce y contempla la Verdad divina, manifiesta la forma racional recibida por el hombre. La diferencia está en que el pecado hizo al hombre deforme, incapacitado para la contemplación directa de Dios. El anhelo de verdad que anida en su interior expresa su deseo de reforma. Reforma que se hará completa en la Verdad de Dios.

El libro decimotercero comenta, primero, Génesis 1,2c: "y el Espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas" y, luego, el resto del relato de la creación. La mención del Espíritu lleva a Agustín a hablar del orden, porque es

Él quien otorga a cada criatura el "peso" que la lleva al lugar que le es propio. El santo no olvida señalar cuál es el peso del hombre: **"En ese Don tuyo descansamos, en él te gozamos. Nuestro descanso es nuestro lugar. El amor nos encarama hacia allá... Todo cuerpo, por su propio peso, tiende al lugar que le es propio... Mi amor es mi peso, él me lleva a donde soy llevado. Es tu Don el que nos enciende y nos lleva hacia lo alto... Con tu fuego bueno, nos enardecemos y avanzamos, porque avanzamos hacia arriba, a la paz de Jerusalén"** (Confesiones 13,9,10). El "lugar" del hombre está junto a Dios; escalafón privilegiado en el "orden" de las criaturas. Por eso, anhela la excelsitud y rechaza todo envilecimiento. Sólo el amor, don del Espíritu, le situará y mantendrá en ese su propio lugar.

La continuación del libro (Confesiones 13,10,11 ss), un comentario alegórico a los seis días de la creación, presenta el proceso de la nueva creación con un punto de partida y otro de llegada. El primero es el estado de con-formación a este mundo y el sometimiento a sus deseos; el de llegada es la re-forma mediante la renovación de la mente, que consiste en con-formarse a la imagen de Dios, según la cual fue creado el hombre, y hallar el descanso junto a ÉL.

A punto de concluir con este apartado, añadamos todavía lo siguiente: detrás de la medida, está el Padre, fuente de todo ser; detrás de la forma está el Hijo, forma de todas las formas; detrás del orden está el Espíritu Santo, fuente de la caridad que eleva al hombre a su lugar. En pocas palabras, la dimensión trinitaria viene a complementar la teológica. Aunque no esté explícitamente afirmada, está, al menos, sugerida en la última perspectiva examinada.

VIII DISTINTAS LECTURAS, SEGÚN INTERESES

SON diversas las motivaciones que pueden impulsar a una persona a leer esta obra maestra agustiniana: literarias, culturales, históricas, filológicas, psicológicas, psicoanalíticas, filosóficas, teológicas, espirituales, etc. Según cuál sea el centro de su interés, a él deberá ajustar su método de lectura. Es obvio que no podemos detenernos a considerar cada caso; por ello, nos limitamos a contemplar tres motivaciones que pueden encontrarse en los lectores casuales de estas páginas.

Un lector puede acercarse a las Confesiones con el único interés de conocer a san Agustín. Sin duda, la obra satisfará abundantemente sus deseos. Pero hemos de añadir que el santo rechaza de forma explícita un tipo de lectura: la que nace de la simple curiosidad. Aunque sus palabras sobre este punto se refieren, de hecho, sólo al libro décimo, es posible extenderlas a la totalidad de la obra. Son estas:

"¿Qué tengo que ver yo con los hombres para que escuchen mis confesiones, como si ellos fueran a curar mis enfermedades? Son curiosos en averiguar vidas ajenas y desidiosos en corregir la propia. ¿Por qué quieren oír de mí quién soy yo esos



mismos que no quieren oír de Ti quiénes son ellos?" (Confesiones 10,3,3).

Agustín no ofrecía sus confesiones a gente curiosa; en sus lectores quería encontrar más bien "socios", es decir, personas que hiciesen coro con él en la expresión de sus sentimientos frente a Dios; personas que le felicitasen después de haber oído el relato de sus avances hacia Él, gracias a sus dones, y que orasen por él al escuchar cuánto se demoraba en el camino por el lastre de su pecado. Sólo a estas personas deseaba manifestarse porque juzgaba no pequeño fruto el que fuesen muchos los que con él dicesen gracias a Dios por sus bienes y rogasen por él a causa de sus males.

"Sí, voy a mostrarme a ellos. Que cobren aliento, que respiren en mis bienes y que suspiren en mis males. Lo bueno que hay en mí es obra y don tuyo; mis males son culpas mías y castigos tuyos. Que respiren en los primeros y suspiren en los segundos. Que de los corazones de estos hermanos, que son incensarios tuyos, suban a tu presencia los himnos y las lagrimas" (Confesiones 10,4,5).

Otro lector puede acercarse a la obra pensando menos en la vida del santo que en la suya propia. A él la obra le ofrece un modo humano de situarse ante la propia existencia. Modo humano porque no se limita a constatar hechos, sino que, de forma habitual, se pregunta el porqué de cuanto le acontece, su significado y valor. Nada, en efecto, es tan conforme a la naturaleza racional del hombre como el investigar la fuente, de cualquier orden, de donde mana cuanto experimenta; descubrir tras el simple hecho físico su causa inmediata o última, humana o trascendente, psicológica o metafísica; juzgar, desde distintas perspectivas, sobre el sentido y valor de los acontecimientos, objetos o acciones de su vida en orden a los objetivos prefijados, de nuevo inmediatos o últimos, humanos o trascendentes. Lcción práctica, no teórica y, por eso, tanto más importante desde el punto de vista didáctico. Pero el lector ha de saber que esta lectura requiere un alto nivel de autoanálisis y de sinceridad consigo mismo.

Una tercera posibilidad es que el lector tenga intereses más generales. Por ejemplo, adentrarse en la condición humana tal como la concibe san Agustín. A este lector las Confesiones le proporcionan como un gran retablo centrado en el tema del hombre. En sus diversos cuadros podrá contemplar esa condición humana desde las distintas perspectivas que hemos considerado. Le presentan al hombre en su origen, en su devenir y en su destino; en su grandeza y en su miseria, en su pecado y en su redención. Esta lectura no es menos exigente que la anterior, pero tiene la ventaja de ampliar al máximo los horizontes.

Ninguno de estos tres posibles lectores ha de olvidar que la reflexión de Agustín es una reflexión orante. Seguir sus pasos exige entrar en el mismo espíritu de oración.

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Crees que estas páginas te ayudarán a entender mejor la obra?

- Valora la comprensión del hombre que en ella presenta Agustín.
- Intenta hacer la transposición de la experiencia de Agustín al hombre de hoy.